LA ESCUELA CIEGA, SORDA Y MUDA

Pedro Pablo Murillo González[1]
Sincelejo, Colombia

Lucho por una educación que nos enseñe a pensar y no por una educación que nos enseñe a obedecer.

Paulo Freire

Esta reflexión nace frente a la necesidad de tocar el papel educativo de una escuela de danza como libro abierto al conocimiento en el contexto de hoy. Y en esta misma dirección surge el atrevimiento de usar adjetivos calificativos hacia la misma como "ciega, sorda y muda" al igual que la canción de Shakira, en medio de las arbitrariedades y ebriedades sociales que terminan en gran parte asumiendo el timón de la actividad formativa dancística. Esto se da porque las personas y entidades improvisan reiteradamente su quehacer en el acompañamiento a las nuevas generaciones, sin la más mínima claridad hacia dónde ir para entender a dónde llegar en su tarea educativa.

Es de suponer que la educación como proceso de contextualizado y de reinvención permanente sugiere desde la contemporaneidad una serie de transformaciones que deben ir en sintonía con los cambios socioculturales que la realidad y las nuevas generaciones insinúan para que el discurso sea congruente con la práctica. En tal sentido existe una fuerte miopía contextual, como resultado de la colonización cultural, social y educativa que no deja ver la realidad y resulta difícil nombrar las cosas por su nombre porque las palabras y definiciones también han sido prestadas. Con relación a lo anterior, la escuela de hoy debería ser situada y contextuada, tal como lo manifestaba Paulo Freire con

---

[1] Sincelejano. Docente, bailarín, coreógrafo, gestor cultural e impulsor de procesos formativos artísticos y de creación de público.
Candidato a Doctorado en Artes y Humanidades (Universidad Nacional de Rosario, Argentina), Magister en Educación e interculturalidad (Universidad Martín Luterking Jr. de Nicaragua), Especialista en Investigación aplicada a la educación¬ (Corporación Universitaria del Caribe, CECAR); Licenciado en Educación Artística (Universidad de Pamplona); Licenciado en Danza (Universidad de Antioquia).
Fundador de la Asociación de Danzantes de Sucre, Adansar y miembro asesor cultural de la Fundación Hijos de la Sierra Flor.
Ha sido Secretario de Cultura de Sincelejo, docente de la Corporación Universitaria del Caribe, CECAR y de la Escuela de Bellas Artes de Sucre, y asesor del programa Danza Viva del Ministerio de Cultura. También ha sido Consejero Departamental de Cultura de Sucre, Consejero Municipal de Cultura de Sincelejo e integrante de la Junta Directiva del Fondo Mixto de Cultura de Sucre. Actualmente organizador de la Muestra Internacional de Danzas de Sincelejo.

su pedagogía de la liberación (1921-1997). En este sentido se sugiere que la educación debe ser liberadora en el marco de un proceso de renovación de la condición social del individuo, considerando al sujeto como un ser pensante y crítico que reflexiona frente a la realidad que vive. Desde esta concepción podemos decir que nuestra escuela de danza en particular, es ciega porque sigue atrapada en su propio laberinto. No se asombra, no esculca ni se atreve a proponer nuevas palabras que generen incertidumbre, y mucho menos nuevos movimientos enriquezcan el arte ¿Acaso lo sustantivo ya está nombrado? Las técnicas y los sistemas metodológicos se veneran como reliquias y no pueden contradecirse al igual que a los maestros. ¿Y qué hay del verbo o la acción?...

La escuela ciega replica exactamente modelos, no se actualiza, no se detiene a mirar de forma estratégica sus falencias para potenciar oportunidades. La educación se trasforma en la medida en que contextualiza su mirada dialogando con lo pasado y presente. Una escuela ciega difícilmente saldrá de su oscuridad si no aprende a buscar su luz. La educación es un proceso orientado a buscar el conocimiento certero acorde a las condiciones de cada momento, no puede quedarse estacionada en el tiempo, requiere de renovaciones y transformaciones substanciales. Si el maestro en una situación de igualdad con el alumno aún no ha encontrado su propia luz, ¿Cómo puede éste ayudar al Otro a encontrar la suya? Desde esta gran interrogante ¿Cómo puede el docente ayudar a reflexionar y a aprender de forma crítica al alumno?, ¿Qué tipo de diálogo puede suscitar si éste también necesita ser alfabetizado para aprender a encontrar su luz?

Los niños y jóvenes asisten a las escuelas con la obsesión de ser artistas, muchas veces más allá de ser mejores hombres y mujeres para transformar la sociedad. Llegan con un enorme caudal de sueños para que se les ayude a canalizar su ansiedad, a profundizar en este arte o a encontrarse en su extravío personal. Llegan y se encuentran con una investigación creativa que se volvió requisito sólo para concursos y no una oportunidad para explorar a fondo la realidad artística; se copian mecánicamente pasos, figuras, coreografías y sólo se cambian palabras y formas que expresan lo mismo y la producción intelectual que lo sustente es poca. Aquella escuela que jugaba, que se inventaba estrategias de motivación, que creaba herramientas de participación y enamora está en crisis. La escuela que se llevaba a los niños y los encantaba, hoy es sólo requisito social. La escuela parece estar cansada y se mecaniza con sus docentes; no tiene nuevos ojos, no hay nada por descubrir, la monotonía es el día a día y se roba a nuestros estudiantes al mundo de lo instantáneo. Los estudiantes acuden a ella porque no hay nada más que hacer o porque tienen deseo de brillar.

Además de ciega, nuestra escuela es sorda, ha optado por ignorar su entorno; es una pequeña isla en la comunidad. Existe porque no hay más opción donde dejar a los hijos para que los cuiden, entretengan y controlen. La visión de guardería está vigente, especialmente para las familias de los más pequeños. ¡Triste realidad! La escuela poco o nunca escucha los problemas del entorno, no diferencia entre oír y escuchar, y mucho menos entre ver y observar. No hay una actitud científica frente a las cosas, se quedó en la querella reiterativa y no indaga en la profundidad de los hechos. Esta escuela se acostumbró a subestimar y estigmatizar a los estudiantes, los clasifica como buenos, regulares y malos, de acuerdo a su conducta social y su desempeño artístico. Se queda en la superficialidad, no se adentra en su discurso entendiendo que su misión es esencialmente humanista. La vanidad en este caso es más importante que la afectividad. Hay mayor preocupación por la participación en los concursos que por los diseños didácticos y herramientas pedagógicas que mejoren la calidad del proceso formativo. Se compite por ser el mejor bailador de la clase, el más bello frente al espejo y el primer lugar en el concurso para presumir "ser los mejores".

La escuela de la que se habla también es muda; poco dice sobre su realidad o es repetitiva en su proyecto de vida y poco se reinventa en su discurso. Son escasos los círculos de estudio e investigación para tratar temas internos y mucho menos para transversalizar problemáticas. Poco se estimula la indagación escolar y no podemos exigir lo que la escuela no es capaz de brindar. El tiempo de éstas se invierte en ensayos de repertorios llevados por el coreógrafo y esporádicamente una que otra actividad formativa ligada a sus necesidades. El tiempo de las escuelas es extraño, todo muere en ellas después de la culminación de clases o ensayos. Poco o casi nada sucede en estas frente a la devolución del conocimiento a la comunidad. Los espacios son sólo para los ensayos de danza independientemente que sean propios, prestados o arrendados.

Nuestra escuela de danza es ciega, sorda y muda porque el sistema social, político y económico así la necesita, sumisa mecánica y obediente, lejos de la gran oportunidad de ser única y auténtica a nivel curricular, con su propio proyecto de vida y, por ende, un plan estratégico que le permite no extraviarse y llegar a cualquier lado.

La canción que hoy urge requiere de un cambio de melodía, nuevos acordes musicales para afinar la mentalidad de los docentes y alumnos. Esta nueva composición necesita aprender a observar, escuchar y dialogar con el entorno porque el sistema cambia cuando cambian los sujetos que están en él, cuando el motor que mueve voluntades contagia de optimismo empáticamente a los demás. La

escuela es un laboratorio de oportunidades, en ella están los niños y jóvenes que representan el presente para garantizar el futuro. Para transformar la escuela hay que transformar primero las mentes de los hombres y mujeres que en ella interactúan. Los monólogos no funcionan, la educación es un proceso colectivo y dinámico, tiene que reinventarse todos los días en la magia de la pedagogía e investigación que surge del conjunto llamado comunidad educativa. Son las crisis las que generan las oportunidades y hay que saber dirigirlas. En la escuela se siembra esperanza, se cultivan sueños y se recogen acciones. No es un lugar que arroja al vacío, es un espacio para la pedagogía del error, la divergencia e incluso las utopías…enseñando a vivir en medio de ellas. La escuela cambia cuando cambia la actitud de quienes construyen el conocimiento; depende de los canales de interacción que se construyen, no hay una sola receta para el éxito, éste es sólo un momento del viaje. En la escuela hay que estar preparados para días oscuros, claros y brillantes, aun sabiendo que hay pronósticos sin únicas verdades. Cada día es diferente del otro, cada uno trae su propio afán.

El pensamiento colonizador sembró en nuestras naciones la idea de ausencia, anonimato y el no ser esperando autorización. La escuela repite esa idea colonizadora cuando replica e impone saberes, cuando transfiere conocimientos que no ayudan a pensar, cuando copia e importa sistemas fuera de nuestras realidades. Por ello se requiere descolonizar la mente para que la práctica se sintonice con los saberes propios en renovadas comunidades de pensamiento. Cambiar el paradigma de la verdad requiere descolonizar nuestra forma de ser y pensar.

Por lo anterior, es necesario una escuela que se reinvente y reivindique con la verdad. Una escuela – observatorio que resignifique su dinámica y abra nuevas oportunidades para que transite en ella la pregunta, la contradicción y el intento, que sea pegajosa, que enamore con la creación y provoque la convivencia en medio de la diferencia. Necesitamos de una escuela viva, que se invente "locuras" para atraer al estudiante hacia el disfrute del saber y sus múltiples caminos. Un lugar sincero en el que se enseñe y hable con el ejemplo, que mire a los ojos y se atreva a estimar el valor de cada pequeña acción. Un sitio que contemple su autoridad en función del respeto por los demás sin importar la edad. Una entidad que se disculpe y esté dispuesta a errar como parte de su camino investigativo, que esculque y no se conforme con la mera verdad contada. Un ente que profundice en los problemas y se dé a la tarea de rodearse de buenos hombres y mujeres para garantizar la diferencia entre igualdad y equidad. Sencillamente una escuela que ayude a pensar y soñar…

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Freire Paulo. Pedagogía del Oprimido. Editorial siglo XXI, 1975. 232 páginas.

Freire Paulo. La educación como práctica de la libertad. Educación y pedagogía. México; Siglo XXI Editores.